

EL “GENIO FEMENINO”. SU PROYECCIÓN

El hombre no puede vivir sin amor. Sin recibir amor. Sin dar amor. Es su vocación natural. De ahí la importancia y urgencia de una verdadera educación para el amor.

Educación que libere en primer lugar de las confusiones que sufre el verdadero amor. Se identifica con placer. Se alimenta de gustos, caprichos, muestras de afecto sensible. Y el corazón así alimentado siempre mendiga más. No es fácil la educación del corazón, sobre todo en la mujer, por naturaleza más sensible. Más afectiva, la mujer necesita tener dominio de sí misma, poseerse, para darse, que es su vocación natural. Pero también en el hombre, tan necesitado de forjarse en la fidelidad, la permanencia en el amor.

¿Significa esto que mujer y hombre son iguales en cuanto lo que predica la ideología de género y las políticas de “igualdad”? En ese sentido, no. De la misma naturaleza y dignidad, efectivamente, hombre y mujer son a la vez, diferentes. Masculinidad y feminidad son dos modos de actualizar la humanidad que vienen dados por la naturaleza, partiendo de la cual, la libertad está llamada a perfeccionarse. La ciencia biológica y psicológica ya han demostrado suficientemente estas diferencias tendenciales y comportamentales que, por otra parte, no son determinantes, sino educativamente flexibles.

Diferentes por naturaleza. Pero no hay nada en ella que determine, por ejemplo, que el trabajo social sea exclusivo del hombre y el trabajo en la casa, de la mujer. La naturaleza, efectivamente, indica la vocación al amor, pero la vocación al trabajo en la sociedad está implícita en el varón y en la mujer. Edith Stein, ya en 1930, hablando de la naturaleza y vocación de la mujer, dice que “no hay ninguna profesión que no pueda ser ejercida por una mujer”. Ahora bien - sigue diciendo Edith Stein- la mujer, sea cual sea el trabajo que desempeñe, siempre ha de realizarlo conforme a su vocación femenina. Y ¿cuál es esta vocación femenina? La maternidad, la capacidad de donación.

No se trata de reducir a la mujer de nuevo al hogar –en réplica de lo cual el feminismo radical o de género abomina de la maternidad- sino de entender claramente en qué consiste esta “maternidad”. Sin negar por supuesto la maternidad biológica, sino valorándola al máximo, pues ningún producto del trabajo humano es comparable al don y al valor de una vida humana, es preciso saber que la vocación al amor tiene dos vertientes de realización; a saber: el amor virginal y el amor conyugal. Maternidad es fecundidad, donación, apertura, amor, sensibilidad, respeto, entrega, vida interior, paz... y esto todo hombre, en cualquier situación, lo necesita, y más hoy, dominados por el activismo, la prisa, la máquina, el anonimato, la eficacia, el cálculo, el mercado...

Una mujer y un hombre, en un despacho, hospital, clase, etc., hacen las mismas cosas con más o menos habilidad y eficacia, según cada uno, pero lo

hacen de diferente modo. La mujer le pondrá un toque especial de humanidad, una cierta comprensión... O, al menos, debe ponérsela. Porque esta esencial "maternidad" es su vocación como mujer y debe cultivarla, al igual que debe cultivarla la educación y la política y toda la sociedad que si no, se resentirá, como se ha resentido a lo largo de la historia, de los valores exclusivamente masculinos, valores importantes y necesarios, pero destructores si no se complementan con los valores femeninos.

Goethe hablaba de "la sagrada quietud de la mujer", del inagotable bien de su vida interior; Foerster, un pedagogo alemán de principios del XX, comentando esto, llama a la mujer "urdidora de paz", diciendo que "en el espíritu de hogar radica la energía social de la mujer, que reina allí donde no hay egoísmo y dominan las fuerzas benéficas de la paz". Este "espíritu de hogar", propio de la vocación femenina, es esa "paz interior que debe respirar toda auténtica cultura que, en medio del caótico trajín del mundo ejerce el señorío del alma depurada" (FOERSTER, W.: *Temas Capitales de la educación*, p. 40, 41, Herder, 1963).

El beato Juan Pablo II hablaba en este mismo sentido del "genio femenino". Genio masculino y "genio femenino" han de estar presentes en todos los campos, complementándose; en el trabajo, arte, política, familia, pues también es tarea de los dos compartir las alegrías de las tareas domésticas y de la tan importante educación de los hijos, consiguiendo así la deseada "conciliación".

Ya sabemos que Juan Pablo II fue un gran defensor de la mujer. Aplaudió el que asumiera nuevas funciones, destacó el grado en que los condicionamientos culturales han sido un obstáculo para su progreso y exhortó a los varones a ayudar en el "gran proceso de la liberación de la mujer" (*Carta a las mujeres*, 6). Recogemos algunas citas propias de su filosofía personalista, en la línea de Edith Stein, que vienen a confirmar cuanto hemos dicho:

"Ante la cercanía de la Conferencia de Pekín deseo subrayar hoy la importancia de una valoración mayor de las mujeres en la *vida pública* (...) Se trata de un proceso que hay que alentar. En efecto, dado que la política es la promoción del bien común, no puede menos de beneficiarse de los *dones complementarios*, del hombre y de la mujer (...) Las mujeres están demostrando que saben dar una aportación tan cualificada como la de los hombres; más aún, esa aportación se vislumbra particularmente significativa sobre todo en los sectores de la política que conciernen a los ámbitos humanos fundamentales. ¡Cuán grande es, por ejemplo, el papel que puede desempeñar a favor de la paz, precisamente comprometiéndose con la política!"

"La paz tiene necesidad de una *atmósfera del espíritu* rica en algunos elementos fundamentales, como el sentido de Dios, el gusto de la belleza, el amor a la verdad, la opción por la solidaridad, la capacidad de ternura y la valentía del perdón. ¡Cómo no reconocer la *aportación valiosa de la mujer* en la promoción de esta atmósfera de paz!" (*Angelus*, 27-8-1995).

En el discurso a la Delegación de la Santa Sede en la Conferencia de Pekín, (29-8-95) el Papa hace un llamamiento a todas las organizaciones católicas para que trabajen por promover la educación de la mujer, erradicando la

“feminización de la pobreza” vinculada al analfabetismo y promoviendo la debida igualdad y desarrollo, a fin de lograr “nuevas formas de liderazgo en el servicio”.

Mary Ann Glendon, jefa de la Delegación de la Santa Sede en la Conferencia de Pekín, habló de la solidaridad de las mujeres en todos los sectores de la sociedad, evitando el individualismo en la reivindicación de sus derechos; pidió que se promovieran los talentos de la mujer sin menoscabar su papel en la familia y en los trabajos no remunerados, que se diese prioridad a los valores humanos sobre los económicos, y dijo: “Ahora tenemos que mirar al futuro. Cuanto más libres sean las mujeres para compartir sus bienes con la sociedad y para asumir el liderazgo social, mayores serán las perspectivas de progreso en sabiduría, justicia y dignidad de vida para toda la comunidad humana” (Discurso del 5-9-1995).

Y el Vaticano II, en su *Mensaje a las Mujeres* el Día de la Mujer, la Inmaculada (8-12-1965), decía:

“Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar mucho a que la humanidad no decaiga”.

Este siglo XXI tiene ante sí el reto de humanizar un mundo deshumanizado que ha oscurecido el rostro de Dios. Necesitamos manos, corazón, sonrisa de madre. Este tiempo, por otra parte, ofrece, como nunca antes en la historia, a la mujer, inmensas posibilidades para hacerse presente en la sociedad. Debe hacerse presente, efectivamente, pero con todo su “genio femenino”, con su “maternidad”. Ella puede, ahora, ejercer un influjo creativo, emprendedor, renovador, humanizador, en toda la sociedad: empresa, política, ciencia, medicina, educación, cultura, medios de comunicación, etc.

Esto, en modo alguno es algo obligatorio e indispensable a todas las mujeres. Habrá algunas o muchas que desearán entregarse a su familia de lleno, para siempre o por temporadas. Ello deben hacerlo con seguridad y satisfacción, pues cumplen plenamente de esa forma su vocación como mujeres. Obligar a la mujer, para realizarse, a trabajar fuera, sería concebir la realización en términos de productividad y eficacia y no facilitarle su inserción en el mundo laboral, compatible con su “maternidad”, una tremenda pérdida para la sociedad.

El primer papel de la mujer en la sociedad consistirá, por tanto, en que sea ella misma. Con toda su identidad, con toda su feminidad. Para ello debe cambiar la mentalidad tan dañada por la ideología de género, que lejos de ayudar a la mujer a liberarse la ha sometido a una esclavitud mayor, la de perder su identidad. Así no será fecunda ni feliz, ni lo será la sociedad. Sólo lo será siendo fiel a lo que es, mujer, madre en todo lo que hace.

Termino con unas palabras de agradecimiento del Papa Benedicto XVI, a las madres (2-3-2006):

“El Papa os expresa su gratitud porque habéis dado la vida, porque queréis ayudar a esta vida que crece y así queréis construir un mundo humano, contribuyendo a un futuro humano. Y no lo hacéis sólo dando la vida biológica, sino también comunicando el centro de la vida, dando a conocer a Jesús, introduciendo a vuestros hijos en la amistad con Jesús. Por consiguiente, es preciso dar las gracias a las madres, sobre todo porque han tenido la valentía de dar la vida. Y es necesario pedir a las madres que completen ese dar la vida comunicando la amistad con Jesús”.